

LOS CONTRABANDISTAS DE LIBROS
Y LA EPOPEYA PARA SALVAR
LOS MANUSCRITOS DE TOMBUCTÚ

JOSHUA HAMMER

LOS CONTRABANDISTAS DE LIBROS

Y LA EPOPEYA PARA SALVAR
LOS MANUSCRITOS DE TOMBUCTÚ

TRADUCCIÓN DE MARIANO LÓPEZ

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Para Cordula y Tom

PRÓLOGO

El hombre se removió nervioso en el asiento del copiloto del todoterreno al aproximarse a la salida sur de la ciudad.¹ En la carretera asfaltada, a la luz rosácea matinal del desierto, había dos hombres armados junto a un puesto de control hecho con un trozo de cuerda atado a dos barriles de petróleo. Eran unos tipos delgados con barba y turbante, y fusiles Kaláshnikov semi-automáticos colgando del hombro. «Respira profundamente —se dijo a sí mismo—. Sonríe. Muéstrate respetuoso.» La policía islámica ya le había detenido una vez, lo habían llevado ante un tribunal improvisado, lo habían interrogado y lo habían amenazado con aplicarle la sharía. En aquella ocasión, a duras penas había logrado persuadirlos de que lo dejaran en libertad, pero no podía contar con tener tanta suerte una segunda vez.

Echó un vistazo a la parte trasera del coche, donde, cubiertos con una manta, había cinco baúles cerrados, cada uno de ellos rebosante de tesoros: cientos de manuscritos iluminados, algunos de los siglos XV y XVI, la Edad de Oro de Tombuctú, con sus cubiertas de piel de cabra con incrustaciones de piedras semi-preciosas. Eran unas obras magníficas realizadas por los más dotados escribas de su tiempo, frágiles páginas cubiertas de densa caligrafía y complejos diseños geométricos en multitud de colores. Al Qaeda del Magreb Islámico, el grupo terrorista que había ocupado el norte del país hacía cuatro meses, había prometido en repetidas ocasiones a través de la televisión y la radio que los respetaría, pero pocos en la ciudad daban crédito a sus promesas. Los extremistas habían declarado la yihad contra todo lo que desafiara su visión de una sociedad islámica pura, y estos objetos —tratados de lógica, astrología y medicina, loas a la músi-

ca o poemas de idealizado amor romántico— representaban cinco siglos de alegría humana. Cantaban a la sensualidad y a lo profano, y asumían explícitamente que la humanidad, a la par que Dios, era capaz de crear belleza, lo cual resultaba muy subversivo. Había miles de manuscritos como estos escondidos en lugares seguros de Tombuctú y ahora él, junto a un pequeño equipo, trataba de ponerlos a salvo.

El chófer se detuvo ante la barricada. Los dos hombres armados de Al Qaeda miraron dentro del coche.

—Salam aleikum —dijo con toda la serenidad que pudo reunir: que la paz sea con vosotros.

Se trataba de dos jóvenes que apenas habían superado la adolescencia, pero ya tenían los ojos apagados y la mirada dura y fanática de los verdaderos creyentes.

—¿Adónde vais?

—A Bamako —dijo él.

Los hombres dieron una vuelta alrededor del coche y echaron un vistazo a la parte trasera.

Luego, sin decir palabra, le indicaron que podía seguir.

Suspiró aliviado, aunque todavía le quedaban mil kilómetros de camino.

Abdelkader Haidara era solo un chiquillo cuando conoció la existencia de los tesoros escondidos de Tombuctú. En la gran casa de los Haidara en Sankoré, el barrio más antiguo de la ciudad, solía oír a su padre mencionarlos en voz baja, como quien revela a regañadientes un secreto de la familia. Decenas de jóvenes pupilos procedentes de la región africana del Sahel —la amplia y árida franja que se extiende desde el océano Atlántico hasta el mar Rojo— venían a estudiar matemáticas, ciencias, astrología, jurisprudencia, árabe y el Corán a la escuela tradicional que su padre dirigía en el vestíbulo de su casa. Organizada en sesiones de tres horas que comenzaban antes del amanecer y se alargaban, a intervalos, hasta primeras horas de la noche, la escuela Haidara era una vuelta a las universidades informales que habían florecido en Tombuctú durante sus días de gloria como centro educativo en el siglo XVI. En su casa había miles de manuscritos guardados en arcones de hojalata en un trastero protegido por una sólida puerta de roble. Haidara era consciente de su importancia, pero sabía muy poco sobre ellos.

A veces su padre se ponía a rebuscar en el trastero y aparecía con un volumen de la colección familiar: un tratado de jurisprudencia islámica de principios del siglo XII, un corán del siglo XIII manuscrito sobre un pergamino hecho con piel de antílope u otro libro sagrado, de menor tamaño que la palma de la mano y escrito sobre piel de pescado, con su intrincada caligrafía magrebí iluminada con gotitas de pan de oro. Una de las obras más apreciadas por su padre era el diario de viaje original del mayor Alexander Gordon Laing, un escocés que fue el primer explorador europeo en llegar a Tombuctú desde Trípoli cruzando el Sáha-

ra y a quien su escolta nómada árabe traicionó, robó y asesinó poco después de partir de la ciudad en 1826. Unos años después del asesinato de Laing, un amanuense había escrito un manual de gramática árabe sobre los papeles del explorador, un temprano ejemplo de reciclaje. Haidara solía mirar con curiosidad las ajadas obras por encima del hombro de su padre rodeado de estudiantes. Con el tiempo fue conociendo la historia de los manuscritos y cómo protegerlos. Haidara hablaba songhai, la lengua de la tribu maliense homónima, la etnia sedentaria predominante a lo largo del meandro norte del río Níger, y en la escuela estudió francés, la lengua de la antigua metrópoli colonial de Mali. Pero de niño también aprendió por su cuenta a leer con soltura el árabe, lo que hizo aumentar su interés por los manuscritos.

Por aquellos días, a finales de los años sesenta y principios de los setenta, Tombuctú estaba conectado con el mundo exterior únicamente por las embarcaciones que remontaban el Níger cuando el nivel de las aguas lo permitía y por los vuelos semanales de la compañía aérea estatal a Bamako, la capital de Mali, a setecientos kilómetros de distancia. Haidara, el sexto hijo de una prole de doce hermanos entre niños y niñas, tenía escasa conciencia del aislamiento de su ciudad. Él, con sus hermanos y amigos, pescaba y nadaba en un canal de ocho kilómetros que iba desde el extremo occidental de Tombuctú hasta el Níger, el tercer río más largo de África, un curso con forma de bumerán que nacía en las tierras altas de Guinea y serpenteaba unos mil quinientos kilómetros a través de Mali, formando lagos y llanuras de aluvión, antes de girar hacia el este justo por debajo de Tombuctú. El canal era el rincón más animado de la ciudad, un punto de reunión de niños, vendedoras del mercado y comerciantes con canoas o piraguas cargadas de altas pilas de frutas y verduras procedentes de los irrigados campos de cultivo que florecían a orillas del río. También era un lugar marcado por una sangrienta historia: el día de Navidad de 1893, unos guerreros

tuaregs escondidos entre los juncos de la orilla pillaron por sorpresa y masacraron a dos oficiales franceses y dieciocho marineros mientras estos remontaban el Níger en canoa.

Haidara y sus amigos conocían hasta el último rincón del barrio de Sankoré, un laberinto de callejuelas salpicado de oratorios de santos sufíes, y de la mezquita de Sankoré, del siglo XIV, una desigual pirámide de barro con un andamio permanente de haces de ramas de palmera incrustados en la arcilla. Jugaban a fútbol en el suelo arenoso delante de la mezquita y trepaban a los frondosos mangos que abundaban por aquel entonces en Tombuctú, antes de que el avance hacia el sur de la desertificación marchitara y secara muchos de ellos y desecara y llenara de arena el canal. Casi no había coches ni turistas, ni tampoco llegaba el tumulto del mundo exterior; era, como Haidara recordaría décadas más tarde, una existencia en gran medida tranquila y despreocupada.

El padre de Abdelkader, Mohammed «Mamma» Haidara, era un hombre piadoso, docto y aventurero que influyó profundamente en su hijo. Nacido a finales de la década de 1890 en Bamba, una población situada junto a la orilla izquierda del río Níger, unos ciento ochenta kilómetros al este de Tombuctú, Mamma Haidara alcanzó la mayoría de edad cuando Mali, entonces conocido como el Sudán Francés —una amalgama de etnias que se extendía desde los bosques y las sabanas del lejano sur, cerca de Guinea y Senegal, hasta los áridos desiertos del extremo norte, junto a la frontera con Argelia—, todavía no había caído por completo bajo control de los franceses. Los ferozmente independientes tuaregs nómadas del Sáhara protagonizaban una resistencia armada entre las dunas, a lomo de sus camellos, tendiendo emboscadas a las tropas coloniales con espadas y lanzas. No fueron sometidos por completo hasta 1916. Después de aprender a leer y escribir en las escuelas coloniales francesas, Mamma Haidara inició una vida de viajes y estudio. Aunque tenía poco dinero, se

las arregló para desplazarse en caravanas de camellos y, como sabía leer y escribir, pudo mantenerse durante los viajes dando clases informales del Corán y otros temas.

A los diecisiete años viajó hasta la antigua capital imperial, Gao, unos trescientos kilómetros río abajo hacia el este de Tombuctú, y al oasis de Araouan, una población amurallada famosa por sus eruditos y antigua parada de la ruta caravanera de la sal que cruzaba el Sáhara. Estimulado por su sed de conocimiento y de comprensión del mundo, viajó hasta Sokoto, en la actual Nigeria, sede en el siglo XIX de un poderoso reino musulmán; a Alejandría y El Cairo; a Jartum, la capital del Sudán situada en la confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul, y a su ciudad gemela al otro lado del río, Omdurmán, donde el ejército del general Horatio Herbert Kitchener derrotó, en 1898, a las fuerzas del reformador musulmán y anticolonialista conocido como El Madhi y estableció así el dominio británico sobre el Sudán.

Tras una década de vida errante, Mamma Haidara regresó convertido en un hombre culto y los notables de Bamba lo designaron cadí de la ciudad, la autoridad judicial islámica responsable de mediar en los conflictos de propiedad y presidir matrimonios y divorcios. Al regresar, trajo consigo coranes iluminados y otros manuscritos de Sudán, Egipto, Nigeria y Chad, que se sumaron a la biblioteca familiar de Bamba que habían comenzado a reunir sus antepasados en el siglo XVI. Con el tiempo, Mamma Haidara acabó estableciéndose en Tombuctú, abrió una escuela, ganó dinero como tratante de grano y ganado, compró tierras y escribió sus propios manuscritos sobre la interpretación de las estrellas y la genealogía de los clanes de la ciudad. Estudiosos de toda la región venían a menudo a hospedarse con la familia y, al tratarse de un sabio musulmán, la población local acudía a consultarle y recibir de él una fetua, una resolución sobre un punto concreto de la ley islámica.

En 1964, cuatro años después de que Mali lograra la independencia de Francia, una delegación parisina de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) se reunió en Tombuctú. Los historiadores de la UNESCO habían leído los escritos de Ibn Battuta, probablemente el viajero más importante del mundo medieval, que visitó en la primera mitad del siglo XIV los territorios de lo que es hoy Mali, y de Hasan bin Mohamed al-Wazzan al-Fasi, quien escribió en el siglo XVI bajo el seudónimo de León el Africano, mientras estaba preso por orden del Papa de Roma. Los viajeros describieron una vibrante cultura de manuscritos y de coleccionismo de libros centrada en Tombuctú. Los historiadores y filósofos europeos habían afirmado que los africanos negros eran iletrados sin historia alguna, pero los manuscritos de Tombuctú demostraban, por el contrario, que una sociedad sofisticada y librepensadora había florecido al sur del Sáhara en una época en que gran parte de Europa seguía inmersa en la Edad Media. Esta cultura había caído en la clandestinidad después de la conquista marroquí de Tombuctú en 1591, para volver a resurgir en el siglo XVIII y desaparecer de nuevo durante los setenta años de colonización francesa. Los propietarios de los manuscritos los habían escondido en agujeros en el suelo, en armarios ocultos o en trasteros. Los expertos de la UNESCO decidieron crear un centro de recuperación del legado perdido de la ciudad, devolver a Tombuctú la apariencia de su antiguo esplendor y probar así al mundo que en el África subsahariana hubo un tiempo en que se produjeron obras de genio. La UNESCO reunió a los notables de la ciudad para que estos animaran a los coleccionistas a sacar a la luz los manuscritos escondidos.

Nueve años más tarde, Mamma Haidara, entonces en la setentena, comenzó a colaborar con el Instituto Ahmed Baba de Enseñanza Superior e Investigación Islámica, creado por la UNESCO en Tombuctú y financiado por las dinastías gobernantes de Kuwait

y Arabia Saudí. Mamma Haidara prestó quince de sus volúmenes para la primera exposición del instituto y fue de puerta en puerta por todo Tombuctú tratando de persuadir a otros coleccionistas para que donaran sus manuscritos escondidos. Su padre fue parte activa de una gran campaña educativa, según recordaba Abdelkader Haidara, pero esta fue recibida mayoritariamente con recelo e incompreensión. La tarea intrigó a Abdelkader, pero no se imaginaba siguiendo los pasos de su padre, pues no le parecía que aquello tuviera mucho futuro.

Mamma Haidara falleció tras una larga enfermedad en 1981, cuando tenía ochenta y tantos años y Abdelkader tenía diecisiete. Los notables de la ciudad y los funcionarios encargados de la repartición de la herencia convocaron una reunión de la familia. Abdelkader, su madre, la mayoría de sus hermanos y los representantes de los que no habían podido asistir abarrotaron el vestíbulo de la casa familiar en el barrio de Sankoré para escuchar la lectura del testamento. El anciano Haidara había dejado, además de las tierras de Bamba, gran cantidad de ganado y una considerable fortuna procedente del comercio de grano, así como una enorme colección de manuscritos: cinco mil obras en Tombuctú y probablemente ocho veces más en el hogar ancestral de Bamba. El albacea testamentario dividió los negocios del patriarca, el ganado, las propiedades y el dinero entre los hermanos y luego anunció que, siguiendo una antigua tradición de la tribu songhai, Mamma Haidara había designado un único heredero para hacerse cargo de la biblioteca familiar. El albacea paseó su mirada por la sala mientras los hermanos permanecían expectantes.

—Abdelkader —anunció el albacea—, tú eres el elegido.¹

Haidara recibió la noticia con un atónito silencio. A pesar de ser el más estudioso de los doce hermanos, de leer y escribir en árabe con fluidez y de haber mostrado desde siempre su fascinación por los manuscritos, no podía imaginarse que su padre confiaría el cuidado de la biblioteca a alguien tan joven.

—No podrás donar los manuscritos ni venderlos —dijo el albacea enumerando sus obligaciones—, y tendrás la obligación de preservarlos y protegerlos.²

Haidara no sabía con certeza lo que implicaría su nuevo papel y le preocupaba no estar a la altura del trabajo requerido. Solo sabía que se trataba de una gran responsabilidad.

En 1984 murió su madre tras cinco meses de enfermedad, una pérdida que le afectó profundamente. Ella había sido el complemento cálido y amoroso del severo Mamma Haidara. A los seis años, Abdelkader se había ganado una reputación de camorrista entre los niños del vecindario y su padre, para enderezarlo, lo envió a estudiar a una escuela coránica en medio del desierto del Sáhara, un austero campamento que estaba unos doscientos cincuenta kilómetros al norte de Tombuctú. Años más tarde, Haidara describiría con afecto cómo su madre había estado trajinando en el fuego de la cocina del patio familiar preparando arroz aromatizado, cuscús y otros manjares, y luego los había metido en una cesta para hacerle más llevadero el viaje y proporcionarle sustento durante el mes que duraría el curso coránico. Cuando la comida de su madre se acabó, el joven dejó de alimentarse y el jeque responsable del curso, exasperado, lo mandó de vuelta a Tombuctú.

Inmediatamente después del funeral de la madre, el director del Instituto Ahmed Baba vino a presentar sus respetos a la casa familiar.

—Necesito que venga a verme³ —le dijo a Haidara de manera misteriosa.

Pero, un mes más tarde, este todavía no se había presentado. Abrumado todavía por el dolor, se había olvidado por completo de la petición. El director mandó a su chófer a casa de Haidara.

—Acompáñeme, por favor —le dijo el chófer.

El director, Mahmoud Zouber, le recibió en el Instituto Ahmed Baba, un cuadrilátero de edificios de piedra caliza con arquerías

de estilo morisco que rodeaban un patio de arena con palmeras datileras y acacias del desierto. Zouber, entonces en la treintena, estaba ya considerado como uno de los estudiosos mejor dotados del norte de África. Había comenzado su carrera como profesor en el instituto franco-árabe de Tombuctú, después de haber estudiado con una beca del gobierno de Mali en la Universidad al-Azhar de El Cairo, el centro académico más prestigioso del islam, y haberse doctorado en historia del África Occidental en La Sorbona de París. Zouber dedicó su tesis doctoral a la vida de Ahmed Baba, un famoso intelectual de la Edad de Oro de Tombuctú, quien fue capturado por los invasores marroquíes en 1591 y llevado como esclavo a Marrakech. Elegido director del Instituto Ahmed Baba en 1973, cuando todavía no había cumplido los treinta años, Zouber había conseguido recaudar cientos de miles de dólares procedentes de Kuwait e Irak para construir la sede del instituto y luego, partiendo de los quince manuscritos prestados de la colección de Mamma Haidara, había construido un archivo desde la nada.

Este hombre pequeño y elegante de la tribu maliense de los fulani, tradicionalmente agricultores y pastores que vivían a lo largo del meandro del Níger entre Tombuctú y Gao, cogió con amabilidad a Haidara del brazo y lo llevó a través del patio hasta su despacho.

—Como ya sabe —dijo Zouber—, colaboramos mucho con su padre, quien hizo una magnífica labor concienciando a la gente y recopilando manuscritos. Y espero que usted también venga a colaborar con nosotros.

—Gracias, pero en realidad no me interesa⁴ —contestó Haidara.

Como explicaría años más tarde, entonces estaba considerando dedicarse a los negocios, tal vez al comercio de ganado y grano, igual que su padre. Quería ganar dinero y, desde luego, de lo que estaba bastante seguro era de no querer dedicar su vida a trabajar en una biblioteca o para una de ellas.

El director volvió a insistirle por segunda vez unos meses más tarde. De nuevo envió a su chófer a casa de Haidara y le convocó en el instituto.

—Debe unirse a nosotros —le dijo—. Yo le instruiré. Tiene usted una gran responsabilidad.⁵

Pero Haidara, tras murmurar su agradecimiento, volvió a declinar cortésmente el ofrecimiento.

—Es usted el custodio de una gran tradición intelectual⁶ —insistió Zouber.

El director le confió que el instituto se enfrentaba a serias dificultades. Durante los últimos diez años, un equipo de ocho buscadores había realizado un centenar de misiones en busca de manuscritos. Tras una década recorriendo el país con un convoy de todoterrenos solo habían conseguido reunir dos mil quinientas obras, un promedio inferior a un volumen al día. Después de décadas de saqueo por parte del ejército colonial francés, los propietarios se habían vuelto ferozmente protectores de sus manuscritos y en extremo desconfiados de las instituciones estatales. La aparición de los buscadores de Ahmed Baba hacía saltar las alarmas, pues creían que venían a robarles sus preciadas reliquias familiares.

—Cada vez que entraban en una población, aterrorizaban a la gente, que lo escondían todo —le contó Zouber a Haidara, mirándole a los ojos—. Creo que si decide colaborar con nosotros, nos ayudará a que los manuscritos afloren. Es un desafío, pero usted es capaz de lograrlo.⁷

En 1509, Hasan bin Mohamed al-Wazzan al-Fasi, un estudiante de dieciséis años perteneciente a una aristocrática familia musulmana de Granada establecida en Fez tras la expulsión de los moros de España, llegó a Tombuctú con su tío, un diplomático marroquí, y se encontró con una trepidante encrucijada comercial y cultural. En su ya clásico libro de viajes, publicado bajo el seudónimo de León el Africano en 1526, *Descripción de África y de las cosas peregrinas que allí hay*, describe mercados rebosantes con productos de todo el mundo, tiendas de telas con tejidos procedentes de Europa y un gran palacio de piedra caliza habitado por «el opulento rey de Tombuto, [quien] tiene numerosas bandejas y cetros de oro, algunos de los cuales llegan a pesar hasta mil trescientas libras».¹

La calidad de la enseñanza de Tombuctú deslumbró a Al-Fasi. Alrededor de un tercio de los cien mil habitantes de la ciudad eran estudiantes venidos de lugares tan remotos como la Península Arábiga a aprender a los pies de los maestros en leyes, literatura y ciencias del Imperio songhai. El rey, Askia Mohamed Touré, había donado tierras y concedido apoyo económico a los eruditos y había invitado a reconocidos arquitectos a Tombuctú para que construyeran mezquitas y palacios. La Universidad de Sankoré, una laxa asociación de mezquitas y domicilios particulares, se convirtió en la más prestigiosa de las ciento ochenta instituciones académicas de la ciudad. Un proverbio sudanés de la época decía que: «La sal viene del norte, el oro del sur y la plata de la tierra del hombre blanco, pero la palabra de Dios y los tesoros de la sabiduría solo se pueden encontrar en Tombuctú».² Según el *Tariq al-Fattash*, una historia de la ciudad escrita en el

siglo XVII, su reputación académica era tan grande que un renombrado maestro tunecino llegado a la ciudad para ejercer de profesor en la Universidad de Sankoré, al darse cuenta rápidamente de que no estaba lo bastante cualificado, se retiró a Fez durante catorce años para prepararse.

A Al-Fasi le impresionó mucho el floreciente comercio de manuscritos que pudo observar en los mercados de Tombuctú. Los libros se hacían con papel de trapo, el cual vendían los comerciantes que cruzaban el desierto desde Marruecos, Túnez, Libia y Argelia, donde el proceso había arraigado tras abrirse paso desde China y el Asia Central. A finales del siglo XII, la ciudad de Fez tenía 472 fábricas de papel que exportaba al sur, hasta el Sahel, y al norte, hasta Mallorca y Andalucía. El papel italiano de mayor calidad pronto penetró en el Magreb —palabra que en árabe significa «puesta de sol»—, la región del norte de África situada al oeste de Egipto, a través de puertos mediterráneos como El Cairo o Trípoli. (Algunos papeles italianos llevaban marcas de agua con cruces cristianas, lo que dificultaba su venta en los mercados islámicos.) Por la misma época en que Al-Fasi llegó a Tombuctú, la mayor parte del papel se importaba desde Venecia —con su típica marca de agua de *tre lune* o tres medias lunas— a través de la actual Libia. Los artesanos extraían la tinta y los tintes de las plantas y los minerales del desierto, y hacían las cubiertas con piel de cabra o de oveja. En aquella época, la encuadernación todavía era desconocida en el norte de África, por lo que los folios sueltos sin numerar se recogían en carpetas de cuero atadas con bramantes o cordeles. El comercio de manuscritos, según destacó Al-Fasi, era mucho más rentable que el de otras mercancías.

Cuatrocientos años antes de la visita de Al-Fasi, un clan de la tribu de los tuaregs, los pastores saharianos de ganado trashumante, realizaba su emigración estival desde la inhóspita región de

las dunas y las minas de sal hasta una llanura cubierta de hierba cerca del río Níger, doscientos cincuenta kilómetros al sur. Una plaga de mosquitos y de moscas de la arena, una invasión de sapos y el hedor de la vegetación pantanosa en descomposición convirtió su campamento habitual en inhabitable, de modo que recogieron sus enseres y se trasladaron con sus camellos, vacas y cabras a un lugar más amable que descubrieron unos kilómetros al norte, en un afluente del Níger formado por la crecida estacional del río. Un pozo poco profundo proporcionaba agua potable. Cuando regresaron al norte en septiembre, dejaron su impedimenta más pesada al cuidado de una mujer tuareg de la zona a la que llamaban Bouctou, «la del ombligo grande».³ Se corrió la voz sobre este hospitalario lugar de encuentro para camellos y canoas y al año siguiente, al preguntarles otros nómadas a dónde se dirigían, respondieron: «Vamos a Tin-bouctou», el pozo de Bouctou.

Durante los siguientes cien años, Tombuctú pasó de ser un grupo de tiendas y chozas de barro y ramas de acacia a orillas del río a convertirse en una encrucijada del mundo y un punto de colisión entre dos culturas, al unir el desierto y el tráfico fluvial en un intercambio constante y mutuamente enriquecedor. Agricultores, pescadores, esclavos tuaregs negros llamados *bellas* y sus aristocráticos dueños, también tuaregs, además de comerciantes árabes y bereberes fugitivos de un déspota animista del entonces declinante Imperio ghanés —situado en lo que es hoy el sur de Mauritania y el oeste de Mali— se asentaron en la ciudad. Caravanas de camellos cargadas de sal, dátiles, joyas, especias magrebíes, incienso, tejidos europeos y otras mercancías procedentes de lugares tan lejanos como Inglaterra llegaban a Tombuctú tras semanas de viaje a través del Sáhara. Las embarcaciones remontaban el Níger hacia el norte y transportaban hasta la ciudad, situada en el punto más alto del meandro, los productos de la selva y la sabana: esclavos, oro, marfil, algodón, nue-

ces de cola, harina de baobab, miel, especias de Guinea y manteca de karité, una grasa de color marfil extraída del fruto del karité africano. Comerciantes, intermediarios y reyes amasaron grandes fortunas en la divisa por excelencia, el oro. Cuando Mansa Musa, también conocido como Musa I, el gobernante del Imperio de Mali —un vasto territorio que abarcaba partes del desaparecido Imperio ghanés, así como la actual Guinea y el norte de Mali—, hizo en 1324 la peregrinación a La Meca desde Tombuctú, llevó consigo varios miles de esclavos vestidos con ropajes de seda y ochenta camellos, cada uno de ellos cargado con trescientas libras de polvo de oro. «El emperador inundó El Cairo con su prodigalidad —escribió un historiador árabe de la época—. No dejó corte de emir ni titular de un cargo real sin su regalo en oro.»⁴ Repartió tal cantidad durante su escala en El Cairo, según el historiador, que hundió el valor del oro en los mercados de la ciudad durante una década.

A finales del siglo XIV, Tombuctú comenzó a convertirse en un centro regional académico y cultural. Mansa Musa trajo a la vuelta de su peregrinación a La Meca a un famoso poeta de al-Ándalus e invitó a uno de los más preeminentes arquitectos de El Cairo para que proyectara la más imponente mezquita de Tombuctú, Djingareyber. Un claro signo de la relevancia de la ciudad es que, en 1375, aparece en un mapa europeo dibujado por el cartógrafo judío mallorquín Cresques Abraham en un atlas hecho para Carlos V de Francia. Pero esa época de efervescencia intelectual no iba a durar, ya que en 1468 el señor de la guerra Sonni Alí tomó la ciudad. Nacido en Gao, un puerto del río Níger situado unos trescientos kilómetros al este, Sonni Alí provenía de un linaje de jefes locales que habían controlado la región de Gao desde la década de 1330, pero él aspiraba a más. Las crónicas musulmanas lo retratan como un brillante táctico militar; un jinete dotado que dirigía en persona a su caballería en la batalla; un animista opuesto al islam que participaba en la elaboración

de hechizos y usaba talismanes y partes de animales para atraer la buena fortuna y adivinar el futuro; un ávido esclavista y un dirigente inseguro que inicialmente protegió a los eruditos de Tombuctú para luego volverse en su contra, convencido de que conspiraban para derrocarlo. «El malvado y gran opresor Sonni Alí [...] mató a tantos seres humanos que solo Dios podría llevar la cuenta —afirmó un historiador de Tombuctú—. Tiranizó a los eruditos y a los hombres santos, los asesinó, los insultó y los humilló. Perpetró terribles maldades en la ciudad, la incendió, la saqueó y ejecutó a un gran número de personas.»⁵ Acabó formando un reino, el Imperio songhai, que se extendía más de tres mil kilómetros a lo largo del río Níger.

Sonni Alí reinó sin rivales importantes, pero a su muerte en 1492 se produjo una cruenta guerra de sucesión. Un general de cuarenta y nueve años, devoto musulmán —y sobrino de Sonni Alí, según algunos textos históricos—, llamado Mohamed Touré reunió un ejército con el que derrotó a las fuerzas del hijo de Sonni Alí cerca de Gao en abril de 1493 y, como ha ocurrido a menudo a lo largo de la historia de Tombuctú, la pesadilla de la represión violenta dio paso a una edad de oro de apertura y tolerancia. Después de autoproclamarse nuevo gobernante del Imperio songhai y, tras la peregrinación a La Meca (en árabe, *hajj*), rebautizarse como Al Hajj Askia Mohamed Touré, inauguró una era de paz y prosperidad que duraría cien años.

Por la época en que Askia Mohamed consolidó su poder sobre Tombuctú, la tradición literaria estaba bien arraigada en la ciudad a pesar de las purgas antiacadémicas de Sonni Alí. Los eruditos que visitaban la ciudad habían traído de El Cairo, Córdoba y otros lugares los recursos clásicos de la erudición islámica: coranes, hadices (dichos o hechos del profeta Mahoma recopilados por sus compañeros), investigaciones sobre el sufismo (la variante moderada y mística del islam que se había extendido desde Marruecos hasta casi todo el norte de África) y obras de la

escuela malikí de jurisprudencia, el sistema legal predominante en el Sahel, que tenía su centro en la Gran Mezquita tunecina de Kairuán. La avidez por tales obras había dado lugar a una floreciente industria artesanal. Los escribas realizaban elaborados facsímiles de los volúmenes importados para las bibliotecas de los profesores y los ricos mecenas. Trabajando codo con codo en talleres de las callejuelas de Tombuctú, los más prolíficos llegaban a copiar a un ritmo de una obra cada dos meses —escribiendo un promedio de ciento cincuenta líneas de caligrafía al día—, y se les remuneraba en pepitas u oro en polvo. Estos escribas empleaban correctores que repasaban atentamente cada carácter árabe, trabajo por el que recibían una parte del pago. Un colofón —en griego, «broche final»— al final de cada obra recogía las fechas de inicio y conclusión del manuscrito, así como el lugar en que había sido escrito y los nombres del copista, el corrector y el vocalizador, un tercer artesano que se encargaba de marcar el sonido de las «vocales cortas», que normalmente no se representa en la escritura árabe. A menudo también aparecía mencionado el cliente que había encargado la obra.

A pesar de su dedicación a la erudición religiosa, el islam que arraigó en Tombuctú nunca fue muy estricto. León el Africano (Al-Fasi) escribió que muchos de sus habitantes «dedicaban una gran parte de la noche a cantar y bailar por las calles de la ciudad».⁶ La mayoría de los habitantes de Tombuctú, recogió un viajero, no observan el ayuno del Ramadán, toman alcohol y reducen su observancia del islam a la práctica de la circuncisión y la asistencia a la mezquita para la oración de los viernes. Los imanes de Tombuctú y la población en general se mostraban receptivos hacia las ideas seculares, muchas de las cuales las habían exportado al emporio sahariano eruditos moderados de El Cairo, una ciudad más cosmopolita. Con el tiempo, los escribas ampliaron su ámbito de actuación y comenzaron a copiar tratados de álgebra, trigonometría, física, química y astronomía.

Tradujeron al árabe las obras de los grandes filósofos griegos, Ptolomeo, Aristóteles y Platón; del «padre de la medicina», Hipócrates, y del filósofo y erudito persa del siglo XI Avicena, que escribió decenas de tratados de ética, lógica, medicina y farmacología. Los escribas reprodujeron los veintiocho volúmenes de un diccionario de la lengua árabe, llamado *Al-Mugam*, escrito por un erudito andalusí a mediados del siglo XI, o un análisis de la poesía realizado por Jalil ibn Ahmad, un lingüista e historiador literario iraquí del siglo IX, en el que utiliza complejos diagramas circulares para representar los patrones métricos de la poesía árabe.

También se publicaron en Tombuctú grandes libros originales de un creciente número de científicos, historiadores, filósofos y poetas locales. Antologías de poemas ensalzando cualquier cosa, desde el Profeta hasta el amor romántico o asuntos más mundanos como el té verde. El *Tariq al-Sudan* contiene, en treinta y ocho capítulos, una historia sin parangón de la vida en el Níger medio bajo el dominio de los emperadores songhai, y describe con enorme detalle rutas comerciales, batallas, invasiones y la vida cotidiana en ciudades como Djenné, famosa por su Gran Mezquita del siglo XIII construida en barro. «El campo de Djenné es próspero y está densamente poblado, con mercados importantes todos los días de la semana. Se dice que en esa comarca hay 7.077 aldeas, todas cercanas las unas de las otras —observaba el autor—. Si el sultán quiere convocar en Djenné a alguien que viva cerca del lago Debo [situado al norte de esta ciudad y formado por la inundación estacional de la cuenca del Níger], sus mensajeros van a una de las puertas de la muralla y vocean el nombre de la persona en cuestión. La gente transmite el mensaje de aldea en aldea hasta que rápidamente le llega a la persona, que viene y se presenta.»⁷

Los expertos legales de la ciudad recopilaron una vasta colección de jurisprudencia islámica, o *fiqh*; algunas de estas resolu-

ciones nos permiten conocer la naturaleza progresista de la sociedad de Tombuctú. «He leído su petición y la he considerado detenidamente»: así empiezan muchos de estos volúmenes antes de que el autor emita una fetua, o resolución legal islámica, en temas que van desde la distribución de herencias a la retirada del privilegio sexual del lecho conyugal. Una de estas fetuas apoya la decisión de una mujer de no dormir con su marido con el argumento de que los hombres a menudo han ejercido ese mismo derecho; otra consiste en una larga disquisición sobre la obligatoriedad de la limosna, o *zakat*, y declara que aceptar la caridad de ladrones y opresores es equivalente a convertirse en cómplice de sus crímenes, y que el deber de la limosna obliga a todo aquel que posea un mínimo de riqueza y no solo a los aristócratas.

Los astrónomos de Tombuctú estudiaron los movimientos de las estrellas y su relación con las estaciones, y acompañaron sus escritos de elaboradas cartas de los cielos. Hay manuscritos que contienen precisos diagramas de las órbitas de los planetas basados en complejos cálculos matemáticos. Los astrónomos instruían a sus lectores en el uso del gnomon (la aguja que marca la sombra en un reloj de sol) para determinar el momento adecuado de las cinco oraciones diarias del islam; usaron la trigonometría esférica para calcular la dirección exacta de la alquibla (la dirección hacia donde se orienta el orante durante el rezo) y sofisticados argumentos para la adopción del modelo geocéntrico del sistema solar. Probaron una fórmula para calcular los años bisiestos y diagramaron las «casas» o fases de la Luna en su órbita alrededor de la Tierra, un medio para calcular la hora por la noche, el calendario lunar y el tránsito de las estaciones. Documentaron una serie de fenómenos celestes, entre otros, una lluvia de meteoritos en 1593: «En el año de 991, en el mes sagrado de Rajab, una vez transcurrida la mitad de la noche, las estrellas comenzaron a volar por todas partes, desde el este, el

oeste, el norte y el sur, como si se hubiera incendiado todo el cielo —escribió un observador astronómico—. Se convirtió en una llama nocturna que iluminaba la tierra y la gente estaba muy espantada. Así continuó hasta el amanecer».⁸

Los médicos publicaban consejos sobre nutrición y describían las propiedades terapéuticas de las plantas del desierto; prescribían remedios herbáceos para ayudar a las mujeres en el parto, carne de sapo para tratar las mordeduras de serpiente y excrementos de pantera mezclados con mantequilla para aliviar el dolor de los forúnculos. Expertos en ética debatían temas como la poligamia, el préstamo con interés o la esclavitud. Había catálogos de conjuros y encantamientos, astrología, adivinación, magia negra, nigromancia (la comunicación con los muertos mediante la invocación de sus espíritus para descubrir conocimientos ocultos), geomancia (la adivinación mediante marcas en el suelo hechas arrojando piedras, polvo o arena), hidromancia (la lectura del futuro a partir de las ondas producidas al lanzar una piedra contra la superficie del agua) y otras formas de ocultismo que les resultarían especialmente odiosas a los futuros ocupantes yihadistas de Tombuctú.

Una de las obras más reveladoras, *Consejos para que los hombres contenten a sus mujeres*, servía como guía de afrodisíacos y remedios para la infertilidad y proporcionaba asesoramiento para recuperar a las esposas que se habían alejado del lecho conyugal. En una época en la que la sexualidad femenina raramente se reconocía como tal en Occidente, el manuscrito, una especie de una guía Baedeker del orgasmo, ofrecía consejos para maximizar el placer sexual de ambas partes. «Beber leche de vaca y mezclar el polvo de un cuerno de vaca quemado con la comida o la bebida aumenta la potencia sexual —aconseja el manuscrito—. Para mantener una intensa actividad sexual y alcanzar el clímax, el hombre debe beberse los testículos secos y pulverizados de un toro. Si un hombre sufre de impotencia, debe coger el espolón

de la pata derecha de un gallo, quemarlo y fumigarse con el humo, y quedará curado.»⁹ El manuscrito continuaba con una lista cada vez más exótica de pociones y remedios, muchos basados en prácticas animistas existentes desde hacía milenios en la región. «Mezclar delicadamente el pene seco y pulverizado de un lagarto con miel y luego lamerlo aportará al hombre una experiencia plena de deseo sexual y de satisfacción y aumentará la cantidad de esperma», declaraba. El manuscrito afirmaba que el placer sexual estaba aprobado por el islam e incluso recomendaba la plegaria como medio para prolongar las erecciones e intensificar los orgasmos. «Para fortalecer el pene y disfrutar del coito —asegura—, el marido debe recitar los siguientes versos coránicos: “Alá es quien os ha creado de debilidad y después de ser débiles os ha dado fortaleza”; “Di [¡oh, Mahoma!], ¡oh, descreídos!” y “Li Ila fi Quraysh” hasta el final.» El autor recomienda recitar tres veces al día durante una semana estos versos de pie sobre siete hojas de acacia empapadas en agua y luego beberse el agua antes de mantener relaciones sexuales. El uso de versos coránicos como estimulante sexual pone en evidencia tanto el profundo enraizamiento de la religión en la vida cotidiana como la atrevida naturaleza del islam que se practicaba en Tombuctú. Los fanáticos que ocuparán repetidamente la ciudad en el curso de los siglos siguientes considerarán ese uso del Corán como irrespetuoso, si no blasfemo.

Los manuscritos de Tombuctú eran apreciados tanto por su esplendor estético como por su temática. Los escribas de la ciudad recurrían a una gran variedad de complejos estilos caligráficos: la tradición africana occidental conocida como hausa, caracterizada por sus gruesas pinceladas; la cúfica, procedente de Persia, con sus letras exageradamente horizontales y muy anguladas que se inclinan y se doblan como si se postraran ante Dios, y el estilo más popular, el magrebí, caracterizado por las

redondeadas letras en forma de cuenco, con sus amplias curvas y bucles. A diferencia de los calígrafos de Oriente Próximo, que tradicionalmente usaban cálamos cortados muy en punta de toda la circunferencia de la caña, lo que producía unas letras marcadas de manera muy nítida, los escribas magrebíes cortaban la caña en plano hasta conseguir una punta roma y redondeada, lo que tenía como resultado un característico contorno más suave y, para muchos, más agradable. Los calígrafos también escribían con cálamos hechos con la rama de un arbusto local o una pluma de pájaro.

Alternaban la tinta normal elaborada a partir de carbón o goma arábica con variados colores terrosos: amarillos, derivados de un sulfuro de arsénico conocido como *oropimente*, procedente de vetas hidrotermales, fumarolas y fuentes termales, y utilizado en el Imperio romano y la antigua China como veneno para las puntas de flecha; carmesíes, obtenidos a partir del cinabrio en polvo o de la cochinilla, un insecto escama que produce un ácido carmínico para disuadir a sus depredadores, y que luego se mezclaba con sales de aluminio o calcio. Los ilustradores tamizaban otros ingredientes, como la gelatina, para hacer que las letras brillaran con más intensidad, u óxido de hierro, para hacerlas indelebles. En las obras más delicadas, todas las páginas estaban iluminadas con pan de oro, normalmente de veintidós quilates, que se obtenía martilleando el mineral en finas láminas y extendiéndolas con cuidado sobre el papel.

Al estar prohibida por el Corán la representación de la figura humana, los artistas de los manuscritos llenaban sus márgenes y separaban los bloques de texto con diseños geométricos que tenían los mismos tonos terrosos de la caligrafía. Arabescos entrelazados de manera sinuosa y repetidos sin fin —hojas, viñas, palmitos y flores— que eran sorprendentemente parecidos a los mosaicos de la Gran Mezquita de Damasco o de la Alhambra de Granada, transmitían la generosidad e infinitud del universo

de Dios. Caleidoscópicos celosías de diamantes, octógonos, estrellas y otras formas geométricas comunicaban equilibrio y armonía. Algunas ilustraciones reproducían los patrones de alfombras bereberes o del Oriente Próximo: figuras rectangulares con círculos concéntricos en crema, rojo y verde, ornamentadas con pétalos, bucles y caligrafía abstracta. Los cuatro lados representaban los elementos básicos de la existencia —fuego, agua, tierra y aire—, mientras que los círculos venían a simbolizar el mundo físico. Una página de un manuscrito del Corán es la réplica exacta de un tejido plano de Zemmoura, en la cordillera marroquí del Atlas Medio. Los patrones de diagonales y zigzags dispuestos en paneles rectangulares se asemejaban al bogolán, un paño teñido con barro hecho tradicionalmente cosiendo estrechas tiras de algodón y que se podía encontrar por todo Mali. En ocasiones los escribas amenizaban sus textos con imágenes realistas, como delicados bocetos a plumilla de mezquitas, instrumentos medievales de cuerda, cadenas montañosas u oasis saharianos con relucientes albercas y palmeras datileras. Las cubiertas de cuero repujado, con incrustaciones de ámbar, turquesas y plata, se hacían con piel de cabra, oveja o camello.

Los manuscritos de Tombuctú estaban profundamente imbricados en la vida intelectual y comercial de la ciudad. Los preciados manuscritos constituían una parte esencial de los seminarios que tenían lugar cada día bajo las arcadas de la mezquita de Sankoré o en los jardines de las casas de los profesores. Y aunque en esas aulas predominaban los manuscritos escritos en árabe, los escribas también producían los llamados manuscritos *ajami*, en los que se transliteraba al árabe clásico multitud de lenguas locales: el tamashek (la lengua de los tuaregs), el fula, el hausa, el bambara y el soninké. Una vez completada su educación tras varios años de estudio, el *taleb* o estudiante recibía su diploma para enseñar y a veces regresaba a su población natal y se convertía en morabito [«hombre sabio»], uno de los miembros más

instruidos de su comunidad. Esta estimable posición abría también las puertas a oficios como cadí, profesor de los hijos de comerciantes ricos, escribano público o copista de libros. La producción de manuscritos se convirtió así en una empresa que se perpetuaba a sí misma y alimentaba una insaciable sed de conocimientos.

Aunque la ciudad estaba plagada de sabios notables, hubo una figura que destacó sobre las demás: Ahmed Baba al-Massufi al-Timbukti, un excéntrico erudito negro, nacido en 1556 en el oasis de minas de sal de Araouan, en medio del desierto del Sáhara, famoso por su mente brillante y su lúgubre apariencia. Ahmed Baba llevaba sombra de ojos negra e iba completamente vestido del mismo color. Apodado «El Sudanés» o «El Negro» y a menudo llamado por sus admiradores «La Única Perla de su Tiempo», compuso sesenta libros para la biblioteca de la Universidad de Sankoré, un torrente inigualable de tratados de astronomía (uno de ellos escrito por completo en verso), comentarios del Corán y los hadices y un vasto diccionario biográfico de los sabios islámicos pertenecientes a la secta norteafricana sufí malikí.

En una de sus obras, *Sobre la legalidad del uso de tabaco*, ponderaba la ética del acto de fumar en respuesta a un movimiento religioso en Tombuctú que pretendía la prohibición de su consumo. Ahmed Baba afirmaba, quizá influido por consideraciones comerciales, que el tabaco no era ni estimulante ni adictivo y que, por tanto, era aceptable en el reino. En otra obra proponía métodos de resolución de conflictos, en los que se mostraba favorable al diálogo, el perdón y la tolerancia. En su más famoso manuscrito, *Ahmed Baba responde a las preguntas de un marroquí sobre la esclavitud*, también conocido como *Las escaleras de subida*, argumenta que la libertad es un derecho fundamental de los seres humanos, excepto bajo condiciones poco habituales regidas por la ley islámica. En tales casos, el académico insta a la compasión y a la empatía: «Dios manda que a los esclavos se les

trate con humanidad, ya sean negros o no —escribe—. Hay que compadecerse de su triste suerte, dado que el solo hecho de convertirse en dueño de otra persona hiere el corazón, pues la servidumbre es inseparable de la idea de violencia y dominación, especialmente cuando lleva aparejada el traslado del esclavo muy lejos de su país».¹⁰

La Edad de Oro de Tombuctú solo se vio oscurecida en un aspecto por el pensamiento reaccionario: la actitud predominante hacia los judíos. Miles de hebreos se habían asentado en el Magreb tras su expulsión de Palestina por los romanos en el siglo I d. C. Hacia el siglo XV, a pesar del arraigo del islam en toda la región, los judíos habían logrado hacerse con una parte del comercio de la sal, habían conseguido de las autoridades marroquíes el nombramiento privilegiado como *tujjar al-sultan* [mercaderes del sultán] e incluso habían producido algunos de los manuscritos más espléndidos de la región, escritos en hebreo. Pero la fragilidad de su posición se puso terriblemente en evidencia en 1495. Ese año, un erudito y clérigo fundamentalista magrebí, además de despiadado antisemita, llamado Mohamed al-Maghili, indignado por la preeminencia económica de los judíos, instigó la destrucción de la sinagoga del oasis de Tuat, situado dentro de la ruta sahariana de la sal y ubicado en la actual Argelia, y expulsó a los hebreos de la ciudad. «Alzaos y matad a los judíos —escribió Al-Maghili después del ataque, justo cuando el rey Askia Mohamed estaba consolidando su poder—. Son ellos, sin duda, los más resentidos de todos los enemigos que rechazan a Mahoma.»¹¹ A comienzos de su reinado, Askia Mohamed se había visto influido por un erudito moderado egipcio a quien conoció en El Cairo durante su peregrinación a La Meca. Fue él quien le instó a ser tolerante con los no musulmanes de su reino. Pero el rey cambió de parecer a consecuencia de sus posteriores encuentros con el exaltado Al-Maghili. Siguiendo su consejo, Askia Moha-

med encarceló a los judíos de Gao, la sede administrativa del Imperio songhai, y los expulsó del resto de sus dominios. Solo dio marcha atrás a su decisión cuando una delegación de cadíes de Tombuctú lo visitó en su palacio de Gao —un extenso complejo rodeado por una empalizada en el que los visitantes tenían que cubrirse la cabeza de polvo antes de entrevistarse con el rey— y suplicó su clemencia.

La confrontación entre esas dos ideologías islámicas —una, abierta y tolerante; la otra, inflexible y violenta— atormentaría a la ciudad durante los cinco siglos siguientes. En el caso del rey Askia Mohamed, se trataba de una compleja figura en la que parecían convivir en una sola personalidad la búsqueda de un equilibrio entre los valores seculares y los islámicos, con una manifiesta intolerancia hacia los pueblos no musulmanes. «El rey es un inveterado enemigo de los judíos —observó León el Africano—. No quiere a ninguno viviendo en su ciudad y, si se entera de que un comerciante bereber [...] tiene negocios con ellos, le confisca todos sus bienes.»¹²

Ochenta y dos años después de que León el Africano documentara la efervescencia intelectual de Tombuctú, la Edad de Oro acabó abruptamente en 1591. El sultán de Marruecos exigió al último rey independiente del Imperio songhai, Askia Ishak II, que le cediera el control de las grandes minas saharianas de sal de Teghaza. Al negarse el rey, cuarenta y dos mil soldados marroquíes y diez mil caballos y camellos cruzaron tres mil kilómetros de desierto y sitiaron Tombuctú. Armados con cañones y arcabuces, una poderosa arma de fuego inventada en el siglo XV que se disparaba apoyada sobre una horquilla, los invasores se enfrentaron a una fuerza que ignoraba cualquier forma de guerra mecanizada: diez mil soldados de infantería songhai armados únicamente con arcos y flechas y dieciocho mil jinetes armados con lanzas. El rey Askia Ishak II fue muerto durante su huida

y le sucedió su hermano, quien juró fidelidad al sultán de Marruecos.

Ahmed Baba y otros eruditos instaron a la población a resistir a los invasores. En represalia, las tropas marroquíes asaltaron la mezquita de Sankoré, saquearon la biblioteca de Ahmed Baba y se lo llevaron preso cargado de cadenas. «¿Por qué conquistáis Tombuctú? —les espetó durante el penoso viaje a través del desierto que hizo junto a decenas de eruditos de la ciudad y en el cual se rompió una pierna al enredarse con sus cadenas y caerse del camello—. Somos musulmanes como vosotros; deberíamos ser hermanos.»¹³ Llevado a presencia del sultán, se quejó amargamente de la pérdida de sus preciosos manuscritos. «Tenía la biblioteca más pequeña en comparación con las de muchos de mis amigos —dijo, mientras se negaba a mostrar obediencia o cualquier otra forma de humildad ante el rey—, y tus soldados me arrebataron mil seiscientos volúmenes.» Estuvo dos años preso en Marrakech. Otros intelectuales se dispersaron por la cuenca del río Volta, Ghana y el norte de Costa de Marfil, y así terminaron los días de Tombuctú como capital del escolasticismo.

Pero la devoción académica de la ciudad nunca desapareció. Después de que el Imperio marroquí abandonara el gobierno directo de Tombuctú en 1660, la ciudad cayó inicialmente bajo el dominio de los tuaregs, la tribu bereber que dominaba el Sáhara. Aquellos altos invasores de piel clara, con sus túnicas de color índigo y sus caras cubiertas por un metro y medio de tela de algodón azul o blanca enrollada alrededor de la cabeza, que solo dejaban a la vista sus ojos, «eran todos vagabundos, nómadas sin morada fija», como observó el autor del *Tariq al-Sudan* a mediados del siglo XVII. También se trataba de un pueblo alfabetizado y, por ello, algunos manuscritos de Tombuctú están escritos en tifinagh, una escritura con dos mil años de antigüedad desarrollada por los bereberes que se propagó por todo el Sáhara. Un

grupo de morabitos tuaregs, los Kel al-Süq, mantuvo la tradición académica de la ciudad durante los siglos de decadencia que siguieron a la ocupación marroquí.

Entre principios y mediados del siglo XIX, unos reformadores sufíes procedentes de las tierras del delta del río Níger encabezaron una «yihad de la espada» que llegó hasta Tombuctú. Los yihadistas mataron a los caciques paganos, prohibieron el tabaco, el alcohol y la música, abrieron madrasas (escuelas coránicas), impusieron la total segregación de hombres y mujeres en las escuelas y la vida pública, clausuraron la Gran Mezquita de barro de Djenné apelando a una estricta interpretación islámica contra la ostentación y localizaron y destruyeron manuscritos por considerarlos una distracción de la pura adoración de Dios. Los extremistas saquearon las bibliotecas de Tombuctú y también registraron domicilios particulares en busca de libros.

Los yihadistas forzaron a los bibliófilos de la ciudad a ser más cuidadosos, pero no los disuadieron de comerciar y coleccionar manuscritos. El explorador alemán Heinrich Barth, que alcanzó Tombuctú en 1853 tras una difícil travesía por el Sáhara, escribió: «Todas esas gentes, que poseían un escaso grado de instrucción y se enorgullecían de poder escribir unas pocas frases del Corán, ansiaban enormemente conseguir algunos trozos de papel y me sentí muy contento de poder [...] darles algunos insignificantes regalos de ese tipo».¹⁴ Aunque los yihadistas habían esquilado las colecciones de manuscritos, el alemán pudo admirar una manoseada copia de la traducción al árabe de las obras de Hipócrates y encontró una copia del *Tariq al-Sudan*, la preciada historia del Imperio songhai escrita en la década de 1650. «Fui tan afortunado que tuve la oportunidad de seguir la historia completa del reino de Songhai, desde los albores de los registros históricos hasta el año 1640 de nuestra era», escribió en sus memorias, *Reisen und Entdeckungen in Nord- und Centralafrika* [Viajes y descubrimientos en el norte y centro de África].

En 1879, el gobernador francés del Sudán, Louis Faidherbe, proclamó que los territorios comprendidos entre los ríos Senegal y Níger serían «los cimientos de una nueva India» que se extendería hasta el mar Rojo. En 1883, los franceses ocuparon Bamako, por entonces un concurrido centro del comercio de esclavos, y el 12 de febrero de 1894, tras cuarenta y nueve días y ochocientos kilómetros de marcha extenuante a través del desierto, una columna comandada por el coronel Joseph Césaire Joffre ocupó Tombuctú, construyó un fuerte y dio así comienzo a la presencia colonial francesa en el Sáhara maliense.

Félix Dubois, un periodista francés que llegó justo después de la conquista militar, se encontró con que era prácticamente imposible convencer a los bibliófilos de la ciudad para que le mostraran sus colecciones de libros. «Temían que yo continuara con las nefastas costumbres de los [yihadistas]»,¹⁵ escribió en *Tombouctou la mystérieuse* [Tombuctú la misteriosa]. Conforme fue visitando las casas de la intelectualidad local, sus anfitriones se fueron abriendo poco a poco. «No faltaba la poesía y las obras de imaginación, así como las composiciones de un tipo peculiar de literatura árabe —observó—. Las obras históricas y geográficas de Marruecos, Túnez y Egipto eran bien conocidas en la ciudad (se citaba a menudo a Ibn Battuta), y las ciencias puras estaban representadas por libros de astronomía y medicina.»¹⁶ Los bibliófilos de Tombuctú mantenían el compromiso de «buscar con verdadera pasión los volúmenes que no poseían y, si eran demasiado pobres para comprar los que querían, los copiaban —anotó Dubois—. Tenían colecciones [...] de entre setecientos y dos mil volúmenes y [...] experimentaban un auténtico placer al mostrar sus más preciados manuscritos».

Sin embargo, a medida que los franceses consolidaban su control en el norte, los días del libre comercio y del intercambio de libros tocaron a su fin. Los soldados y académicos visitantes se llevaron los manuscritos a Francia, donde acabaron expuestos

en colecciones universitarias o gubernamentales, entre ellas la de la Bibliothèque Nationale de París. El *Tariq al-Sudan*, traducido por Octave Houdas a partir de tres copias incautadas en Tombuctú llevadas a París, se publicó en Francia en 1900. La gente volvió a esconder los manuscritos por todo Mali; los metían en bolsas de cuero que luego enterraban en sus patios y jardines, los ocultaban en cuevas abandonadas en el desierto o sellaban las puertas de sus bibliotecas con barro para ocultar sus tesoros en el interior. Bajo la nueva administración colonial, el francés pasó a ser la lengua de instrucción en las escuelas malienses y, en consecuencia, varias generaciones en Tombuctú y otras poblaciones de la región crecieron sin aprender a hablar el árabe, lo que condenó a esas obras a la irrelevancia.

Los volúmenes de historia, poesía, medicina o astronomía, que en otro tiempo se exhibían con orgullo en bibliotecas, mercados y casas particulares, comenzaron a escasear y al final desaparecieron. La gran tradición escrita quedó casi completamente olvidada. «Tal vez en el futuro haya algo de historia de África que enseñar, pero en la actualidad no existe nada —declaró en 1963, en una entrevista para la BBC, el historiador británico Hugh Trevor-Roper—. Solo existe la historia de los europeos en África; el resto es oscuridad.»¹⁷